

Ensayo sobre el entendimiento humano

John Locke



Traducción de
EDMUNDO O'GORMAN

JOHN LOCKE

ENSAYO SOBRE EL ENTENDIMIENTO HUMANO

Prólogo de
JOSÉ A. ROBLES y CARMEN SILVA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1690
Primera edición en español, 1956
Segunda edición, 1999
Tercera reimpresión, 2013

Locke, John

Ensayo sobre el entendimiento humano / John Locke ; trad. de Edmundo O'Gorman.
— 2ª ed. — México : FCE, 1999
755 p. ; 22 × 15 cm — (Colec. Filosofía)
Título original: *Essay Concerning Human Understanding*
ISBN 978-968-16-6042-0

I. Conocimiento, teoría del 2. Filosofía I. O'Gorman, Edmundo, tr. II. Ser. III. t.

LC BL1213 E818

Dewey 121 L814e

Distribución mundial

Título original: *An Essay Concerning Human Understanding*

D. R. © 1956, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55)5227-4672. Fax: (55)5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6042-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Como tú no sabes cuál es el camino del viento o cómo se crían los huesos en el vientre de la mujer preñada, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.

ECCLESIASTÉS, XI, 5

Quam bellum est velle confiteri potius nescire quod nescias, quam ista effutientem nauseare, atque ipsum sibi displicere!

CICERÓN, *De nat. deor.* I, 1

CAPÍTULO I
INTRODUCCIÓN

§ 1. *La investigación acerca del entendimiento es agradable y útil.* Puesto que el entendimiento es lo que sitúa al hombre por encima del resto de los seres sensibles y le concede todas las ventajas y potestad que tiene sobre ellos, es ciertamente un asunto, hasta por su dignidad, que amerita el trabajo de ser investigado. El entendimiento, como el ojo, en tanto nos permite ver y percibir todas las demás cosas, no se advierte a sí mismo, y precisa arte y esfuerzo para ponerlo a distancia y convertirlo en su propio objeto. Pero sean cuales fueren las dificultades que ofrezca esta investigación; sea cual fuere lo que nos tiene tan en la oscuridad a nosotros mismos, estoy cierto que toda la luz que podamos derramar sobre nuestras propias mentes, todo el trato que podamos establecer con nuestro propio entendimiento, no sólo será muy agradable, sino que nos acarreará grandes ventajas para el gobierno de nuestro pensamiento en la búsqueda de las demás cosas.

§ 2. *El designio.* Siendo, pues, este mi propósito de investigar los orígenes, la certidumbre y el alcance del entendimiento humano, junto con los fundamentos y grados de las creencias, opiniones y asentimientos, no me meteré aquí en las consideraciones físicas de la mente, ni me ocuparé en examinar en qué puede consistir su esencia, o por qué mociones de nuestros espíritus o alteraciones de nuestros cuerpos llegamos a tener sensaciones en nuestros órganos, o ideas en nuestros entendimientos, ni tampoco, si en su formación, esas ideas, algunas o todas, dependen o no de la materia. Estas especulaciones, por más curiosas y entretenidas que sean, las dejaré a un lado como ajenas a los designios que ahora tengo. Bastará a mi actual propósito considerar las facultades de discernimiento del hombre según se emplean respecto a los objetos de que se ocupen, y tengo para mí que no habré malgastado mi empeño en lo que a este propósito se me ocurra, si, mediante este sencillo método histórico, logro dar alguna razón de la manera en que nuestros entendimientos alcanzan esas nociones que tenemos de las cosas, y si puedo establecer algunas reglas de la certidumbre de nuestro conocimiento o mostrar los fundamentos de esas persuasiones que se encuentran entre los hombres, tan variadas, distintas y del todo contradictorias, pero afirmadas, sin embargo, en algún lugar, con tanta seguridad y confianza, que quien considere las opiniones de los hombres, observe sus contradicciones, y a la vez considere el ca-

riño y devoción con que son tenidas, y la resolución y vehemencia con que se las defiende, quizá llegue a sospechar que o bien no hay eso que se llama la verdad, o que el hombre no posee los medios suficientes para alcanzar un conocimiento cierto de ella.

§ 3. *El método.* Merece la pena, pues, averiguar los límites entre la opinión y el conocimiento, y examinar, tocante a las cosas de las cuales no tenemos un conocimiento cierto, por qué medidas debemos regular nuestro asentimiento y moderar nuestras persuasiones. Para este fin me ajustaré al siguiente método:

Primero, investigaré el origen de esas ideas, nociones o como quieran llamarse, que un hombre puede advertir y de las cuales es consciente que tiene en su mente, y la manera como el entendimiento llega a hacerse con ellas.

Segundo, intentaré mostrar qué conocimiento tiene por esas ideas el entendimiento, y su certidumbre, su evidencia y su alcance.

Tercero, haré alguna investigación respecto a la naturaleza y a los fundamentos de la fe u opinión, con lo que quiero referirme a ese asentimiento que otorgamos a cualquier proposición dada en cuanto verdadera; pero de cuya verdad no tenemos aún conocimiento cierto. Aquí tendremos oportunidad de examinar las razones y los grados del asentimiento.

§ 4. *La utilidad en conocer el alcance de nuestra comprensión.* Si por esta investigación acerca de la naturaleza del entendimiento logro descubrir sus potencias; hasta dónde alcanzan; respecto a qué cosas están en algún grado en proporción, y dónde nos traicionan, presumo que será útil para que prevalezca en la ocupada mente de los hombres la conveniencia de ser más cauta en meterse con cosas que sobrepasan su comprensión, de detenerse cuando ha llegado al extremo límite de su atadura, y asentarse en reposada ignorancia de aquellas cosas que, examinadas, se revelan como estando más allá del alcance de nuestra capacidad. Quizá, entonces, no seamos tan osados, presumiendo de un conocimiento universal, como para suscitar cuestiones y para sumirnos y sumir a otros en perplejidades acerca de cosas para las cuales nuestro entendimiento no está adecuado, y de las cuales no podemos tener en nuestras mentes ninguna percepción clara o distinta, o de las que (como quizá acontece con demasiada frecuencia) carecemos completamente de noción. Si logramos averiguar hasta qué punto puede llegar la mirada del entendimiento; hasta qué punto tiene facultades para alcanzar la certeza, y en qué casos sólo

puede juzgar y adivinar, quizá aprendamos a conformarnos con lo que nos es asequible en nuestro presente estado.

§ 5. *Nuestras capacidades son las adecuadas a nuestro estado y a nuestros intereses.* Porque, aun cuando la comprensión de nuestros entendimientos se queda muy corta respecto a la vasta extensión de las cosas, sin embargo, tendremos causa suficiente para alabar al generoso autor de nuestro ser, por aquella porción y grado de conocimiento que nos ha concedido, tan por encima de todos los demás habitantes de esta nuestra mansión. Buena causa tienen los hombres de estar satisfechos con lo que Dios ha creído que les conviene, puesto que les ha dado (como dice San Pedro, Πάντα τὰ πρὸς ζωὴν καὶ εὐσέβειαν. Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad. II Pedro, c. I, v. 3) cuanto es necesario para la comodidad en la vida y para noticia de la virtud, y dado que ha puesto al alcance de sus descubrimientos las provisiones de un bienestar en esta vida y les ha mostrado el camino que conduce a otra mejor. Por cortos que se queden sus conocimientos respecto a una comprensión universal o perfecta de lo que existe, asegura, sin embargo, a su gran interés tener suficiente luz para conducirlos al conocimiento de su Hacedor, y para mostrarles cuáles son sus deberes. Los hombres encontrarán suficiente materia para ocupar sus cabezas y para emplear sus manos con variedad, gusto y satisfacción, si no se ponen en osado conflicto con su propia constitución y desperdician los beneficios de que sus manos están llenas, porque no son lo bastante grandes para asirlo todo. No tendremos motivo para dolernos de la estrechez de nuestras mentes, a condición de dedicarlas a aquello que puede sernos útil, porque de eso son en extremo capaces. Y será una displicencia imperdonable así como pueril, si desestimamos las ventajas que nos ofrece nuestro conocimiento y si descuidamos mejorarlo con vista a los fines para los cuales nos fue dado, sólo porque hay algunas cosas que están fuera de su alcance. No sería excusa válida la de un criado perezoso y terco, alegar que le hacía falta la luz del sol para negarse a cumplir su oficio a la luz de una candela. La candela que nos alumbraba a nosotros brilla lo bastante para todos nuestros menesteres. Los descubrimientos que su luz nos permite deben satisfacernos, y sabremos emplear de buena manera nuestros entendimientos, cuando nos ocupemos de todos los objetos de la manera y en la proporción en que se acomoden a nuestras facultades y que sobre tales bases sean capaces de proponerse a nosotros, y sin requerir perentoria o destempladamente una demostración, y sin exigir certeza, allí donde sólo podemos aspirar a probabilidad, y ésta es bastante

para regir todas nuestras preocupaciones. Si vamos a descreerlo todo, sólo porque no podemos conocerlo todo con certeza, obraríamos tan neciamente como un hombre que no quisiera usar sus piernas y permaneciera sentado y pereciera, sólo porque carece de alas para volar.

§ 6. *El conocimiento del alcance de nuestras capacidades cura el escepticismo y la pereza.* Cuando conocemos nuestras fuerzas, conocemos mejor qué emprender con esperanza de salir adelante; y cuando hemos medido bien el poder de nuestras mentes y hemos calculado lo que podemos esperar de él, no estaremos tentados, ni a estarnos quietos y abstenernos de todo trabajo por desesperación de no llegar a saber nada, ni, por otra parte, a poner todo en duda y repudiar todo conocimiento sólo porque algunas cosas no pueden entenderse. Es de gran utilidad al marino saber el alcance de su sonda, aunque no pueda medir con ella todas las profundidades del océano; le basta saber que es suficientemente larga para alcanzar el fondo de aquellos lugares que son necesarios para dirigir su viaje y precaverlo así contra el peligro de navegar en escollos que pueden acarrearle la ruina. Nuestro negocio aquí no es conocer todas las cosas, sino aquellas que tocan a nuestra conducta. Si logramos averiguar esas reglas mediante las cuales una criatura racional, puesta en el estado en que el hombre está en este mundo, puede y debe gobernar sus opiniones y los actos que de ellas dependan, ya no es necesario preocuparnos porque otras cosas eludan nuestro conocimiento.

§ 7. *La ocasión de este "Ensayo".* Estas consideraciones me ofrecieron la primera ocasión para escribir este *Ensayo sobre el entendimiento*, porque pensé que el primer paso hacia la satisfacción de algunas investigaciones que la mente del hombre fácilmente suscita era revisar nuestro propio entendimiento, examinar nuestras propias fuerzas y ver a qué cosas estaban adaptadas. Mientras no hiciéramos eso, sospeché que comenzaríamos por el lado malo, y que en vano buscaríamos la satisfacción que nos proporciona la quieta y segura posesión de las verdades que más nos importan mientras diéramos libertad a nuestros pensamientos para entrar en el vasto océano del ser, como si ese piélago ilimitado fuese la natural e indubitable posesión de nuestro entendimiento, donde nada estuviese exento de su detección y nada escapase a su comprensión. Así, los hombres extienden sus investigaciones más allá de su capacidad, y permiten que sus pensamientos se atrean en aquellas profundidades en que no encuentran seguro apoyo, y no es maravilla que susciten cues-

tiones y multipliquen disputas, que, no alcanzando jamás una solución clara, sólo sirven para prolongar y aumentar sus dudas y para confirmarlos, por último, en un perfecto escepticismo. Si, en cambio, se consideraran bien nuestras capacidades, descubierto así el alcance de nuestro conocimiento y encontrado el horizonte que fija los límites entre las partes iluminadas y oscuras de las cosas, entre lo que podemos comprender y lo que nos es incomprendible, el hombre quizá reconocería sin dificultad su ignorancia de lo uno, para dedicar sus pensamientos y sus lucubraciones, con mayor provecho, a lo otro.

§ 8. *Lo que mienta la palabra "idea".* Esto fue lo que me pareció necesario decir respecto a la ocasión de esta investigación acerca del entendimiento humano. Pero, antes de proseguir con lo que he pensado a ese propósito, desde ahora debo excusarme con mi lector por el frecuente uso de la palabra *idea* que encontrará en el Tratado que va a continuación. Siendo este término el que, según creo, sirve mejor para mentar lo que es el objeto del entendimiento cuando un hombre piensa, lo he empleado para expresar lo que se entiende por *fantasma*, *noción*, *especie*, o aquello que sea en que se ocupa la mente cuando piensa; y no pude evitar el uso frecuente de dicho término.

Supongo que se me concederá sin dificultad que hay tales *ideas* en la mente de los hombres: todos tienen conciencia de ellas en sí mismos, y las palabras y los actos de los hombres muestran satisfactoriamente que están en la mente de los otros.

Nuestra primera investigación será, pues, preguntar cómo entran las ideas en la mente.

CAPÍTULO II

NO HAY PRINCIPIOS INNATOS EN LA MENTE

§ 1. *La manera como adquirimos cualquier conocimiento basta para probar que no es innato.* Es opinión establecida entre algunos hombres, que hay en el entendimiento ciertos principios innatos; ciertas nociones primarias (*κοινὰ ἔννοια*), caracteres, como impresos en la mente del hombre, que el alma recibe en su primer ser y que trae al mundo con ella. Bastaría, para vencer al desprejuiciado lector de la falsedad de semejante suposición, limitarme a mostrar (como espero hacerlo en las si-

güentes partes de esta obra) de qué modo los hombres, con el solo empleo de sus facultades naturales, pueden alcanzar todo el conocimiento que poseen sin la ayuda de ninguna impresión innata, y pueden llegar a la certeza sin tales nociones o principios innatos. Porque me imagino que fácilmente se concederá que sería impertinente suponer que son innatas las ideas de color, tratándose de una criatura a quien Dios dotó de vista y del poder de recibirlas a partir de los objetos externos, por medio de los ojos. Y no menos absurdo sería atribuir algunas verdades a ciertas impresiones de la naturaleza y a ciertos caracteres innatos, cuando podemos observar en nosotros mismos algunas facultades adecuadas para alcanzar tan fácil y seguramente un conocimiento de aquellas verdades, como si hubiesen sido originalmente impresas en nuestra mente.

Empero, como a un hombre no se le permite impunemente seguir sus propios pensamientos en la busca de la verdad cuando lo conducen, por poco que sea, fuera del camino habitual, expondré las razones que me hicieron dudar de la verdad de aquella opinión, para que sirvan de excusa a mi yerro, si en él he incurrido, lo que dejo al juicio de quienes, como yo, están dispuestos a abrazar la verdad doquiera que la hallen.

§ 2. *El asentimiento general constituye el principal argumento.* Nada se presupone más comúnmente que el que haya unos ciertos principios, tanto especulativos como prácticos (pues se habla de los dos), aceptados universalmente por la humanidad. De aquí se infiere que deben ser unas impresiones permanentes que reciben las almas de los hombres en su primer ser, y que las traen al mundo con ellas de un modo tan necesario y tan real como traen las facultades que les son inherentes.

§ 3. *El consenso universal no prueba nada de innato.* Este argumento, sacado del consenso universal, tiene en sí este inconveniente: que aun siendo cierto que de hecho hubiera unas verdades asentidas por toda la humanidad, eso no probaría que eran innatas, mientras haya otro modo de mostrar de qué manera pudieron llegar los hombres a ese universal acuerdo acerca de esas cosas que todos aceptan; lo que me parece que puede mostrarse.

§ 4. "Lo que es, es"; y "es imposible que la misma cosa sea y no sea". *Dos proposiciones que no son universalmente asentidas.* Pero, lo que es peor, este argumento del consenso universal que se ha empleado para probar los principios innatos, me parece que

es una demostración de que no hay tales principios innatos, porque no hay ningún principio al cual toda la humanidad preste un asentimiento universal. Comenzaré con los especulativos, ejemplificando el argumento en esos celebrados principios de la demostración de que *toda cosa que es, es, y de que es imposible que la misma cosa sea y no sea*, que me parece, entre todos, tendrían el mayor derecho al título de innatos. Gozan de tan firme fama de ser máximas de universal aceptación, que parecerá extraño, sin duda, que alguien lo ponga en duda. Sin embargo, me tomo la libertad de afirmar que esas proposiciones andan tan lejos de recibir el asentimiento universal, que gran parte de la humanidad ni siquiera tiene noticia de ellas.

§ 5. *Esos principios no están impresos naturalmente en el alma, porque los desconocen los niños, los idiotas, etcétera...* Porque, primero, es evidente que todos los niños y los idiotas no tienen la menor aprehensión o pensamiento de aquellas proposiciones, y semejante carencia basta para destruir aquel asenso universal, que forzosamente tiene que ser el concomitante necesario de toda verdad innata. Pues me parece casi contradictorio decir que hay verdades impresas en el alma que ella no percibe y no entiende, ya que, si algo significa eso de estar impresas, es que, precisamente, ciertas verdades son percibidas, porque imprimir algo en la mente, sin que la mente lo perciba, me parece apenas inteligible. Si, por lo tanto, los niños y los idiotas tienen alma, es que tienen mentes con aquellas impresiones, y será inevitable que las perciban y que necesariamente conozcan y asientan a aquellas verdades; pero como eso no acontece, es evidente que no existen tales impresiones. Porque, si no son nociones naturalmente impresas ¿cómo, entonces, pueden ser innatas? Y si sí son nociones impresas ¿cómo, entonces, pueden no ser conocidas? Decir que una noción está impresa en la mente, y al mismo tiempo decir que la mente la ignora y que aún no la advierte, es tanto como reducir a nada esa impresión. De ninguna proposición puede decirse que esté en la mente, de la cual ella no tenga aún noticia, de la cual no sea aún consciente. Porque si de alguna proposición puede decirse eso, entonces, por la misma razón, de todas las proposiciones que son ciertas y a las cuales la mente es capaz de asentir, podrá decirse que están en la mente y que son impresas. Puesto que si acaso pudiera decirse de alguna que está en la mente, la cual aún no la conoce, tiene que ser sólo porque es capaz de conocerla; y de eso, en efecto, es capaz la mente de todas las verdades que lleguen jamás a conocer. Pero es más, de ese modo puede haber ver-

güentes partes de esta obra) de qué modo los hombres, con el solo empleo de sus facultades naturales, pueden alcanzar todo el conocimiento que poseen sin la ayuda de ninguna impresión innata, y pueden llegar a la certeza sin tales nociones o principios innatos. Porque me imagino que fácilmente se concederá que sería impertinente suponer que son innatas las ideas de color, tratándose de una criatura a quien Dios dotó de vista y del poder de recibirlas a partir de los objetos externos, por medio de los ojos. Y no menos absurdo sería atribuir algunas verdades a ciertas impresiones de la naturaleza y a ciertos caracteres innatos, cuando podemos observar en nosotros mismos algunas facultades adecuadas para alcanzar tan fácil y seguramente un conocimiento de aquellas verdades, como si hubiesen sido originalmente impresadas en nuestra mente.

Empero, como a un hombre no se le permite impunemente seguir sus propios pensamientos en la busca de la verdad cuando lo conducen, por poco que sea, fuera del camino habitual, expondré las razones que me hicieron dudar de la verdad de aquella opinión, para que sirvan de excusa a mi yerro, si en él he incurrido, lo que dejo al juicio de quienes, como yo, están dispuestos a abrazar la verdad doquiera que la hallen.

§ 2. *El asentimiento general constituye el principal argumento.* Nada se presupone más comúnmente que el que haya unos ciertos principios, tanto especulativos como prácticos (pues se habla de los dos), aceptados universalmente por la humanidad. De aquí se infiere que deben ser unas impresiones permanentes que reciben las almas de los hombres en su primer ser, y que las traen al mundo con ellas de un modo tan necesario y tan real como traen las facultades que les son inherentes.

§ 3. *El consenso universal no prueba nada de innato.* Este argumento, sacado del consenso universal, tiene en sí este inconveniente: que aun siendo cierto que de hecho hubiera unas verdades asentidas por toda la humanidad, eso no probaría que eran innatas, mientras haya otro modo de mostrar de qué manera pudieron llegar los hombres a ese universal acuerdo acerca de esas cosas que todos aceptan; lo que me parece que puede mostrarse.

§ 4. "Lo que es, es"; y "es imposible que la misma cosa sea y no sea". *Dos proposiciones que no son universalmente asentidas.* Pero, lo que es peor, este argumento del consenso universal que se ha empleado para probar los principios innatos, me parece que

es una demostración de que no hay tales principios innatos, porque no hay ningún principio al cual toda la humanidad preste un asentimiento universal. Comenzaré con los especulativos, ejemplificando el argumento en esos celebrados principios de la demostración de que *toda cosa que es, es*, y de que *es imposible que la misma cosa sea y no sea*, que me parece, entre todos, tendrían el mayor derecho al título de innatos. Gozan de tan firme fama de ser máximas de universal aceptación, que parecerá extraño, sin duda, que alguien lo ponga en duda. Sin embargo, me tomo la libertad de afirmar que esas proposiciones andan tan lejos de recibir el asentimiento universal, que gran parte de la humanidad ni siquiera tiene noticia de ellas.

§ 5. *Esos principios no están impresos naturalmente en el alma, porque los desconocen los niños, los idiotas, etcétera...* Porque, primero, es evidente que todos los niños y los idiotas no tienen la menor aprehensión o pensamiento de aquellas proposiciones, y semejante carencia basta para destruir aquel asenso universal, que forzosamente tiene que ser el concomitante necesario de toda verdad innata. Pues me parece casi contradictorio decir que hay verdades impresas en el alma que ella no percibe y no entiende, ya que, si algo significa eso de estar impresas, es que, precisamente, ciertas verdades son percibidas, porque imprimir algo en la mente, sin que la mente lo perciba, me parece apenas inteligible. Si, por lo tanto, los niños y los idiotas tienen alma, es que tienen mentes con aquellas impresiones, y será inevitable que las perciban y que necesariamente conozcan y asientan a aquellas verdades; pero como eso no acontece, es evidente que no existen tales impresiones. Porque, si no son nociones naturalmente impresas *¿cómo*, entonces, pueden ser innatas? Y si sí son nociones impresas *¿cómo*, entonces, pueden no ser conocidas? Decir que una noción está impresa en la mente, y al mismo tiempo decir que la mente la ignora y que aún no la advierte, es tanto como reducir a nada esa impresión. De ninguna proposición puede decirse que esté en la mente, de la cual ella no tenga aún noticia, de la cual no sea aún consciente. Porque si de alguna proposición puede decirse eso, entonces, por la misma razón, de todas las proposiciones que son ciertas y a las cuales la mente es capaz de asentir, podrá decirse que están en la mente y que son impresas. Puesto que si acaso pudiera decirse de alguna que está en la mente, la cual aún no la conoce, tiene que ser sólo porque es capaz de conocerla; y de eso, en efecto, es capaz la mente de todas las verdades que llegue jamás a conocer. Pero es más, de ese modo puede haber ver-

dades impresas en la mente de que jamás tuvo ni pudo tener conocimiento; porque un hombre puede vivir mucho y al fin morir en la ignorancia de muchas verdades de que su mente era capaz de conocer, y de conocerlas con certeza. De tal suerte que si la capacidad de conocer es el argumento en favor de la impresión natural, a esa cuenta, todas las verdades que un hombre llegue a conocer serán, todas, innatas; y este tan gran alegato no pasa de ser sino un modo muy impropio de hablar; el cual, mientras pretende afirmar lo contrario, nada dice distinto de quienes niegan los principios innatos. Porque nadie, creo, jamás negó que la mente sea capaz de conocer varias verdades. La capacidad, dicen, es innata; el conocimiento, adquirido. Pero, ¿a qué fin, entonces, tanto empeño en favor de ciertas máximas innatas? Si las verdades pueden imprimirse en el entendimiento sin ser percibidas, no alcanzo a ver la diferencia que pueda haber entre cualesquiera verdades de que la mente sea capaz de conocer, por lo que se refiere a su origen. Forzosamente todas son innatas o todas son adventicias, y en vano se intentará distinguirlas. Quien, por lo tanto, hable de nociones innatas en el entendimiento, no puede (si de ese modo significa una cierta clase de verdades) significar que tales nociones sean en el entendimiento de manera que el entendimiento no las haya jamás percibido, y de las cuales sea aún totalmente ignorante. Porque si estas palabras: *ser en el entendimiento* tienen algún sentido recto, significan ser entendidas. De tal suerte que ser en el entendimiento y no ser entendido; ser en la mente y nunca ser percibido, es tanto como decir que una cosa es y no es en la mente o en el entendimiento. Si, por lo tanto, estas dos proposiciones: *cualquier cosa que es, es, y es imposible que la misma cosa sea y no sea*, fueran de las impresas por la naturaleza, los niños no podrían ignorarlas; los pequeñuelos y todos los dotados de alma tendrían que tenerlas necesariamente en el entendimiento conocerlas como verdaderas y otorgarles su asentimiento.

§ 6. *Que los hombres las conocen cuando alcanzan el uso de la razón.* Para evitar esta dificultad, se replica generalmente que todos los hombres conocen esas verdades y les prestan su asentimiento cuando alcanzan el uso de la razón, lo que basta, dicen, para probar que son innatas. Contesto:

§ 7. *Se contesta.* Las expresiones dudosas, que apenas tienen alguna significación, pasan por ser razones claras para quienes, estando prevenidos, no se toman el trabajo de examinar ni lo que ellos mismos dicen. Porque para aplicar aquella réplica con algún sen-

tido aceptable a nuestro propósito actual, tiene que significar una de estas dos cosas: o que, tan pronto como los hombres alcanzan el uso de la razón, esas supuestas inscripciones nativas llegan a ser conocidas y observadas por ellos; o que el uso y el entrenamiento de la razón de los hombres los ayudan a descubrir esos principios y se los dan a conocer de un modo cierto.

§ 8. *Si la razón los descubriera, no se probaría que son innatos.* Si quieren decir que por el uso de la razón los hombres pueden descubrir esos principios, y que eso basta para probar que son innatos, su modo de argumentar se reduce a esto: que todas las verdades que la razón nos puede descubrir con certeza y hacernos asentir firmemente a ellas, serán verdades naturalmente impresas en la mente, puesto que ese universal asenso, que según se dice es lo que las particulariza, no pasa de significar esto: que, por el uso de la razón, somos capaces de llegar a un conocimiento cierto de ellas y de asentir en ellas; y a esta cuenta, no habrá diferencia alguna entre las máximas de los matemáticos y los teoremas que deducen de ellas. A las unas y a los otros habrá que concederles que son innatos, puesto que en ambos casos se trata de descubrimientos hechos por medio de la razón, y son verdades que una criatura racional puede llegar a conocer con certeza, con sólo dirigir correctamente por ese camino sus pensamientos.

§ 9. *Es falso que la razón los descubre.* Pero ¿cómo pueden pensar esos hombres que el uso de la razón sea necesario para descubrir principios que se suponen innatos, cuando la razón (si hemos de creerlos) no es sino la facultad de deducir verdades desconocidas, partiendo de principios o proposiciones ya conocidos? Ciertamente, no puede pensarse que sea innato lo que requiere a la razón para ser descubierto, a no ser que, como ya dije, aceptemos que todas las verdades ciertas que la razón nos enseña sean innatas. Sería tanto como pensar que el uso de la razón es tan necesario para que nuestros ojos descubran los objetos visibles, como que sea preciso el uso de la razón, o su ejercicio, para que nuestro entendimiento vea aquello que está originalmente grabado en él, y que no puede estar en el entendimiento antes de que él lo perciba. De manera que hacer que la razón descubra esas verdades así impresas es tanto como decir que el uso de la razón le descubre a un hombre lo que ya sabía antes; y si los hombres tienen originariamente esas verdades impresas e innatas, con anterioridad al uso de razón, y sin embargo permanecen en ignorancia de ellas hasta que llegan a uso de ra-

zón, ello equivale a decir que los hombres las conocen y no las conocen al mismo tiempo.

§ 10. Quizá se diga aquí que las demostraciones matemáticas, y otras verdades que no son innatas, no gozan de asentimiento tan pronto como nos son propuestas, y que en eso se distinguen de aquellas máximas y de otras verdades innatas. Ya llegará el momento en que tenga ocasión de hablar con más particularidad del asentimiento otorgado a primera propuesta. Aquí tan sólo admitiré, y de buen grado, que esas máximas son diferentes de las demostraciones matemáticas en esto: que las unas necesitan la razón, empleando pruebas, para captarse y para obtener nuestro asentimiento, mientras que las otras, tan pronto como se las entiende, son abrazadas y asentidas sin ningún raciocinio. Pero me permitiré observar que se hace patente aquí la debilidad del subterfugio que consiste en requerir el uso de la razón para el descubrimiento de esas verdades generales, puesto que precisa confesar que en su descubrimiento no se hace uso alguno del raciocinio. Y estimo que quienes se valen de esa respuesta no tendrán la osadía de afirmar que el conocimiento de la máxima, "*es imposible que la misma cosa sea y no sea*", se debe a una deducción de nuestra razón, porque equivaldría a destruir esa liberalidad de la naturaleza, que al parecer tanto les place, al hacer que el conocimiento de esos principios dependa del esfuerzo de nuestro pensamiento. Porque todo razonar es búsqueda y es mirar en torno, y requiere solicitud y aplicación. ¿Cómo, entonces, suponer, con algún sentido, que lo impreso por la naturaleza para servir de fundamento y guía de nuestra razón, ande necesitado del uso de la razón para que lo descubra?

§ 11. Quienes se tomen el trabajo de reflexionar con alguna atención sobre las operaciones del entendimiento, encontrarán que el inmediato asenso que la mente concede a algunas verdades no depende de una inscripción nativa, ni del uso de la razón, sino de una facultad de la mente muy distinta a ambas cosas, según veremos más adelante. La razón, por lo tanto, nada tiene que ver en el otorgamiento de nuestro asenso a esas máximas, si es que decir que "los hombres las conocen y les conceden su asentimiento cuando llegan a uso de razón" significa que el uso de la razón nos asiste en el conocimiento de esas máximas, lo que es enteramente falso; y si fuera verdad, sólo probaría que no son innatas.

§ 12. Cuando se llega a uso de razón, no es el momento en que

llegamos a conocer esas máximas. Si por conocer y asentir a esas máximas, cuando llegamos al uso de razón, quiere decirse que ese es el momento en que la mente las advierte, y que tan pronto como los niños llegan a uso de razón llegan también a conocerlas y a asentir en ellas, esto es asimismo falso y frívolo. Primero, es falso porque es evidente que esas máximas no están en la mente a una hora tan temprana como la del uso de razón, y, por lo tanto, se señala falsamente la llegada a uso de razón como el momento en que se descubren. ¿Cuántos ejemplos no podemos observar de uso de razón en los niños, mucho antes de que tengan conocimiento alguno de la máxima de que *es imposible que la misma cosa sea y no sea*? Y gran parte de la gente analfabeta y los salvajes se pasan muchos años, aun de su edad racional, sin jamás pensar en eso, ni en otras proposiciones generales semejantes. Admito que los hombres no llegan al conocimiento de esas más abstractas verdades generales, que se suponen innatas, hasta no alcanzar uso de razón; pero añado que tampoco entonces. Esto es así porque, aun después de haber llegado al uso de razón, las ideas generales y abstractas a que se refieren aquellas máximas generales, tenidas erróneamente por principios innatos, no están forjadas en la mente, sino que son, por cierto, descubrimientos hechos y axiomas introducidos y traídos a la mente por el mismo camino y descubiertos por los mismos pasos que otras varias proposiciones que nadie ha sido tan extravagante como para suponerlas innatas. Espero mostrar claramente esto en la secuencia de esta disertación. Admito, por lo tanto, la necesidad de que los hombres lleguen a uso de razón antes de alcanzar conocimiento de esas verdades generales; pero niego que cuando los hombres llegan a uso de razón, sea entonces el momento en que las descubren.

§ 13. *Esa circunstancia no las distingue de otras verdades cognoscibles.* Por lo pronto conviene observar que decir que los hombres conocen esas máximas y que les prestan su asentimiento cuando *llegan al uso de razón* equivale de hecho y en realidad a nada más que esto: que jamás se las conoce ni se las advierte antes del uso de razón, sino que posiblemente pueden recibir asentimiento en algún momento posterior de la vida de un hombre; pero, cuando, es incierto decirlo. Y como lo mismo acontece respecto a todas las demás verdades cognoscibles, aquellas máximas no gozan, pues, de ningún privilegio ni distinción por esa nota de ser conocidas cuando llegamos a uso de razón; ni tampoco se prueba por eso que sean innatas, sino todo lo contrario.

§ 14. Si la llegada a uso de razón fuese el momento en que se descubren, no se probaría con ello que son innatas. Pero, segundo, aun siendo cierto que el momento preciso en el que el hombre llega a uso de razón fuese aquel en que se conocen esas máximas y se les presta asentimiento, tampoco eso probaría que son innatas. Semejante modo de argumentar es tan frívolo, como es falso su supuesto. Porque ¿con qué clase de lógica puede sostenerse que cualquier noción esté originariamente impresa por la naturaleza en la mente en su primer estado, sólo porque se la observa primero y se asiente a ella, cuando una facultad de la mente, que tiene una provincia muy distinta, comienza a ejercitarse? A esa cuenta, el llegar al uso de la palabra, si se supusiera que ese momento fuese aquel en que esas máximas reciben nuestro asentimiento (lo que puede ser tan cierto como suponer que ese momento sea el de llegar a uso de razón), sería una prueba igualmente buena en favor de que son innatas, como decir, que son innatas, porque los hombres les dan su asentimiento cuando llegan a uso de razón. Estoy de acuerdo, pues, con esos señores de los principios innatos, en que en la mente no hay ningún conocimiento de esas máximas generales y de suyo evidentes hasta que no llega el ejercicio de la razón; pero niego que llegar a uso de razón sea el momento preciso en que, por vez primera, se advierten esas máximas, y niego, además, que si ese fuese el momento preciso tal circunstancia probaría que son innatas. Cuanto puede significarse razonablemente por la proposición de que "los hombres dan su asentimiento a esas máximas cuando llegan a uso de razón", no es sino que la formulación de ideas abstractas y la comprensión de nombres generales son concomitantes de la facultad racional y con ella se desarrollan. Por este motivo los niños no tienen usualmente esas ideas generales, ni aprenden los nombres que las mientan, hasta que, después de haber ejercitado durante algún tiempo su razón en ideas más familiares y concretas, se les reconoce capaces de hablar racionalmente, en vista del modo ordinario de su discurrir y de sus actos. Si aquella proposición, de que el hombre asiente a esas máximas cuando llega al uso de razón, puede ser verdadera en algún otro sentido del que he indicado, quisiera que me fuese mostrado, o, por lo menos, que se me diga cómo ese u otro sentido cualquiera puede probar que se trata de máximas innatas.

§ 15. Los pasos por los cuales la mente alcanza distintas verdades. Inicialmente los sentidos dan entrada a ideas particulares y

llenen el receptáculo hasta entonces vacío, y la mente, familiarizándose poco a poco con algunas de esas ideas, las aloja en la memoria y les da nombres. Después, procediendo más adelante, la mente las abstrae, y poco a poco aprende el uso de los nombres generales. De este modo, la mente llega a surtir de ideas y de lenguaje, los materiales propios para ejercitar su facultad discursiva, y el uso de razón aparece a diario más visible, a medida que esos materiales, que la ocupan, aumentan. Pero aunque habitualmente la adquisición de ideas generales, el empleo de las palabras generales y el uso de la razón tengan un desarrollo simultáneo, no veo que en modo alguno se pruebe por eso que esas ideas sean innatas. El conocimiento de algunas verdades, admito, aparece en la mente a muy temprana hora; pero de una manera tal que se advierte que no son innatas, porque, si observamos, veremos que es acerca de ideas, no innatas, sino adquiridas, ya que se trata de esas primeras ideas impresas por aquellas cosas externas en las cuales los niños se ocupan primero, y que hacen en sus sentidos la más frecuente impresión. En las ideas así adquiridas, la mente descubre que algunas concuerdan y que otras difieren, probablemente tan pronto como tiene uso de memoria; tan pronto como es capaz de retener y recibir ideas distintas. Pero, sea en ese momento o no, es seguro que se hace ese descubrimiento mucho antes de que se tenga uso de palabras, o que llegue a eso que comúnmente llamamos el uso de razón, porque un niño sabe con certeza, antes de poder hablar, la diferencia entre las ideas de lo dulce y de lo amargo (es decir, que lo dulce no es amargo), del mismo modo que más tarde, cuando llega a hablar, sabe que el ajeno y los confites no son la misma cosa.

§ 16. Un niño no sabe que tres más cuatro son igual a siete hasta que puede contar hasta siete y hasta que posee el nombre y la idea de igualdad, y sólo entonces, cuando se le explican esas palabras, asiente a aquella proposición, o, mejor dicho, percibe su verdad. Pero no es que asiente a ella de buena gana, porque se trate de una verdad innata; ni tampoco que su asentimiento faltaba hasta entonces por carecer de uso de razón, sino que la verdad se le hace patente tan pronto como ha establecido en su mente las ideas claras y distintas significadas por aquellos nombres. Y es entonces cuando conoce la verdad de aquella proposición, sobre igual fundamento y por los mismos medios por los cuales conocía antes que una vara y un cerezo no son la misma cosa, y por los cuales, también, llegará a conocer más tarde que es imposible que una misma cosa y no sea, como más adelante mostraremos en detalle. De esta

suerte, mientras más tarde llegue alguien a tener esas ideas generales a que se refieren aquellas máximas, o a conocer el significado de esos términos generales que las mientan, o a relacionar en su mente las ideas a que aluden, más tarde será, también, cuando se llegue a asentir a esas máximas, cuyos términos, junto con las ideas que mientan, no siendo más innatas que puedan serlo las ideas de gato o de rueda, tendrán que esperar hasta que el tiempo y la observación lo hayan familiarizado con ellas. Sólo entonces tendrá la capacidad de conocer la verdad de esas máximas, al ofrecerse la primera ocasión de relacionar en su mente esas ideas, y observar si concuerdan o difieren, según el modo en que se expresen en aquellas proposiciones. Y a eso se debe, por lo tanto, que un hombre sepa que *dieciocho más diecinueve son igual a treinta y siete*, con la misma evidencia con que de suyo sabe que *uno más dos son igual a tres*. Sin embargo, un niño no conoce lo primero tan pronto como lo segundo, no porque le falte uso de razón, sino porque las ideas significadas en las palabras *dieciocho*, *diecinueve* y *treinta y siete*, no se adquieren tan pronto como las ideas significadas en las palabras *uno*, *dos* y *tres*.

§ 17. *El asentir a esas máximas tan pronto como se proponen y se entienden no es prueba de que sean innatas.* Puesto que la evasiva que consiste en afirmar que el asentimiento general se concede en el momento en que los hombres llegan a uso de razón no vale como prueba, ya que no distingue entre las ideas que se suponen innatas y las otras verdades que se adquieren y se aprenden más tarde, los defensores de la tesis se han empeñado en aducir el argumento del asenso universal respecto a esas que llaman máximas, afirmando que, tan pronto como son propuestas y que se ha entendido el significado de los términos en que se proponen, se les concede general asentimiento. Viendo que todos los hombres, y aun los niños, asienten a esas proposiciones tan luego como escuchan y comprenden los términos en que están concebidas, se imaginan que eso basta para probar que son innatas. Como los hombres, una vez entendidas las palabras, nunca dejan de aceptar dichas proposiciones como verdades indubitables, quiere inferirse que, ciertamente, estaban ya alojadas previamente en el entendimiento, puesto que, sin mediar ninguna enseñanza, la mente las reconoce de inmediato apenas le son propuestas, las acepta, y ya nunca después las pone en duda.

§ 18. *Si semejante asentimiento es señal de que son innatas, entonces, que uno más dos son igual a tres, que lo dulce no es lo*

amargo, y mil otras iguales, tendrán que considerarse innatas. En réplica a lo anterior, pregunto, ¿qué, acaso, el asentimiento concedido de inmediato a una proposición al ser escuchada por vez primera, y al ser entendidos sus términos, puede tenerse por señal de que se trata de principios innatos? Si no es así, entonces en vano se aduce semejante asentimiento general como prueba de la existencia de esos principios; pero si se dice que se trata, en efecto, de una señal para conocer los principios innatos, entonces será preciso que se admita que son proposiciones innatas todas aquellas a las cuales generalmente se concede asentimiento tan pronto como se escuchan, con lo que se verán pleróticos de principios innatos. Porque, a esa cuenta, es decir, por razón de asenso concedido a primera audición y previa la comprensión de los términos, como motivo para admitir a esas máximas como innatas, se tendrá que aceptar también que son innatas ciertas proposiciones acerca de los números. De esta suerte, el que *uno más dos son igual a tres*, que *dos más dos son igual a cuatro*, y una multitud de otras proposiciones numéricas semejantes, a las que todos asienten de primera oída, entendidos sus términos, tendrán un lugar entre los axiomas innatos. Y no será, tampoco, ésta una prerrogativa peculiar a los números y a las proposiciones que aluden a ellos; también la filosofía natural y todas las demás ciencias ofrecen proposiciones que, tan pronto como son entendidas, reciben asentimiento. Que *dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar* es una verdad que nadie objetará, como tampoco la máxima de que *es imposible que una misma cosa sea y no sea*, que *lo blanco no es negro*, que *un cuadrado no es un círculo*, que *lo amarillo no es lo dulce*. Éstas, y un millón de proposiciones parecidas, o por lo menos todas aquellas de las que tenemos ideas distintas, son a las que todo hombre sensato tendrá que asentir necesariamente, tan pronto como las escuche y que comprenda el significado de las palabras que se emplean para expresarlas. Si, por lo tanto, los defensores de las ideas innatas han de atenerse a su propia regla, y mantener, para reconocer una idea innata, el consentimiento que se le otorga a primera oída al comprenderse los términos empleados, entonces tendrán que admitir, no tan sólo tantas proposiciones innatas como ideas distintas tenga el hombre, sino tantas proposiciones cuantas pueda hacer el hombre, en las que ideas diferentes sean negadas la una de la otra. Porque cada proposición compuesta de dos ideas diferentes, en que una sea negada por la otra, tan ciertamente será recibida como indubitable, al ser escuchada por primera vez y al ser comprendidos los términos, como esta máxima general: *es imposible que una misma cosa sea y no sea*,

o aquella que le sirve de fundamento y que, de las dos, es la más fácil de entender: *lo que es lo mismo no es diferente*; y a esta cuenta, será preciso que reciban en calidad de verdades innatas un número infinito de proposiciones de sólo esa clase, sin mencionar las otras. Si se añade a esto que una proposición no puede ser innata, a no ser que las ideas que la componen también sean innatas, será necesario suponer que todas las ideas que tenemos de los colores, de los sonidos, de los gustos, de las formas, etc., son innatas; lo cual nada hay más opuesto a la razón y a la experiencia. El asentimiento universal e inmediato que se otorga a primera audición y al comprenderse los términos es, lo admito, una señal de ser evidente de suyo; pero la evidencia que de suyo pueda tener algo, no depende de impresiones innatas, sino de algo distinto (según lo mostraremos más adelante) que pertenece a ciertas proposiciones, y que nadie ha sido tan extravagante como para pretender que sea algo innato.

§ 19. *Las proposiciones menos generales se conocen antes que esas máximas universales.* Tampoco se diga que esas proposiciones más particulares y que son de suyo evidentes, a las cuales se les concede el asentimiento al ser escuchadas, como son que *uno más dos son igual a tres*, que *lo verde no es lo rojo*, etc., se reciben como consecuencias de esas otras proposiciones más universales consideradas como principios innatos, porque quien se tome el trabajo de observar lo que acontece en el entendimiento verá que aquellas proposiciones menos generales y otras parecidas son conocidas con certeza y asentidas firmemente por gente que ignora por completo dichas máximas más generales. Por lo tanto, puesto que se hallan en la mente con anterioridad a esos (así llamados) primeros principios, resulta que no es posible que a ellos se les deba el asenso con que se reciben aquellas proposiciones más particulares al ser escuchadas por vez primera.

§ 20. *Se contesta a la objeción de que uno más uno es igual a dos, etc., no son proposiciones generales ni útiles.* Si se objeta que esas proposiciones como *dos y dos son igual a cuatro*, o que *el rojo no es el azul*, etc., no son máximas generales, ni son de gran utilidad, contesto que en nada afecta eso al argumento que se pretende sacar del asentimiento universal que se otorga a una proposición al ser escuchada por primera vez y comprendidos sus términos. Porque, si aceptamos que esa sea la señal segura de lo innato, toda proposición que reciba el asentimiento general tan pronto como se la escuche y se la entienda tendrá que

tenerse por ser una proposición innata, tanto como la máxima; *es imposible que una misma cosa sea y no sea*, puesto que a ese respecto son enteramente iguales. Por cuanto a que esa última máxima es más general, eso sólo hace que esté más lejos de ser innata; porque las ideas generales y abstractas son más extrañas a nuestras primeras comprensiones que las proposiciones de suyo evidentes más particulares, y, por lo tanto, tarda más para que el entendimiento que está en desarrollo las admita y les conceda su asenso. Por lo que se refiere a la utilidad de esas tan alabadas máximas, se verá, quizá, cuando llegue el momento de considerar esta cuestión con el debido detenimiento, que no es tan grande esa utilidad como generalmente se piensa.

§ 21. *El que algunas veces no se conozcan esas máximas hasta que no son propuestas sólo prueba que no son innatas.* Pero todavía falta decir algo respecto a este asunto del asentimiento que se otorga a ciertas proposiciones tan pronto como se escuchan y previa la comprensión de los términos en que están concebidas. Conviene tomar nota, primero, de que en lugar de ser esa una señal de que son innatas, es una prueba de lo contrario, puesto que el argumento supone que puede haber algunos que entiendan y sepan otras cosas, siendo ignorantes de aquellos principios hasta que no sean propuestos, y que es posible no conocer esas verdades, mientras no se escuchen de labios de otros. Porque si fueran principios innatos, ¿qué necesidad tendrían de ser propuestos a fin de obtener nuestro asentimiento? Porque, estando ya en el entendimiento, gracias a una impresión natural y originaria (suponiendo que haya tales impresiones), no podrían menos de ser conocidos antes. Pues ¿qué, acaso, el que sean propuestos los imprime en la mente de un modo más claro que como los imprimió la naturaleza? Si así es, entonces la consecuencia será que un hombre conoce mejor que antes esos principios, después de que se los hayan enseñado así. De donde se sigue que dichos principios pueden hacerse más evidentes para nosotros por enseñanza de otros, que lo que la naturaleza los ha hecho por impresión originaria; pero esto se aviene muy mal con la opinión que se tiene de los principios innatos, pues nada les resta tanto su autoridad. En efecto, los hace inadecuados para servir de fundamento de todo el resto de nuestros conocimientos, según se pretende que son. No se puede negar que los hombres tienen noticia por vez primera de muchas de esas verdades, de suyo evidentes, cuando les son propuestas; pero es claro que todo nombre a quien le acontece eso sabe en sí mismo que es entonces cuando comienza a conocer una

proposición que antes no conocía, y de la cual en adelante ya no dudará; pero no porque sea innata, sino porque la consideración de la naturaleza de las cosas contenidas en esas palabras no le permite pensar de otro modo, cuando y donde sea que reflexione acerca de ellas. Y si todo aquello a lo cual prestamos nuestro asentimiento a primera audición y previa la comprensión de los términos ha de pasar por ser un principio innato, entonces toda observación bien fundada como regla general deducida de casos particulares tendrá que ser innata. Sin embargo, lo cierto es que no todos, sino sólo los dotados de inteligencias sagaces, hacen semejantes observaciones y logran reducirlas a proposiciones generales, no innatas, sino recogidas por el trato previo y mediante una reflexión de los casos particulares y sobre ellos. Tales proposiciones, una vez alcanzadas por un hombre observador, no pueden menos de ser asentidas por los hombres no observadores, cuando les son propuestas.

§ 22. *Conocer esos principios implícitamente antes de ser propuestos significa que la mente es capaz de entenderlos, o no significa nada.* Si acaso se dijera que el entendimiento posee un conocimiento implícito de esos principios, pero no explícito, antes de ser escuchados por primera vez (como tienen que decir quienes sostengan que ya están en el entendimiento antes de que se les conozca), no será fácil concebir qué quiere significarse con eso de un principio impreso implícitamente en el entendimiento, a no ser que signifique que la mente es capaz de entender y asentir firmemente a tales proposiciones. Pero, entonces, todas las demostraciones matemáticas, al igual que los primeros principios, tendrán que ser recibidos como impresiones nativas de la mente, lo cual, me temo, no aceptarán quienes saben que es más difícil demostrar una proposición que asentir a ella, una vez que ha sido demostrada. Y serán muy pocos los matemáticos que estén dispuestos a admitir que todos los diagramas que han dibujado no son sino unas copias de aquellos rasgos innatos que la naturaleza imprimió en sus mentes.

§ 23. *El argumento del asenso dado a primera audición contiene el falso supuesto de no mediar un previo aprendizaje.* Hay, me temo, esta otra debilidad en el tal argumento, por el cual se pretende persuadirnos que debemos aceptar como innatas aquellas máximas que los hombres admiten a primera audición, porque son proposiciones a las cuales les conceden su asentimiento sin haberlas aprendido antes, y sin que las acepten por la fuerza

de ninguna prueba o demostración, sino gracias a una simple explicación y comprensión de los términos en que están concebidas. En esto me parece que se oculta una falacia, a saber: que se supone que a los hombres no se les enseña nada y que nada aprenden de nuevo, cuando en realidad se les enseña y aprenden algo que ignoraban antes. Porque, primero, es evidente que han aprendido los términos y su significado, puesto que no nacieron con ninguna de esas dos cosas; pero, además, no es ese, en el caso, todo el conocimiento que adquieren: no nacieron tampoco los hombres con las ideas mismas a que se refiere la proposición, sino que vienen después. Es así, entonces, que si en todas las proposiciones asentidas a primera audición los términos de la proposición, el significado que éstos tienen y las ideas mismas significadas por ellos no son algo innato, quisiera saber qué es lo que queda de tales proposiciones que sea innato. Y si alguien sabe de una proposición cuyos términos o cuyas ideas sean innatos, me gustaría mucho que me la indicara. Es gradualmente como nos hacemos de ideas y de nombres, y como aprendemos las conexiones adecuadas que hay entre ellos; después aprendemos las que existen entre las proposiciones formuladas en los términos cuya significación hemos aprendido, y según se manifieste la conformidad o inconformidad que percibimos en nuestras ideas, cuando las cotejamos, asentimos a primera audición, aunque respecto a otras proposiciones, en sí tan ciertas y evidentes, pero que tratan de ideas no tan prontas ni tan fácilmente captables, no estamos en aptitud de asentir del mismo modo. Porque, si es cierto que un niño asentirá con prontitud a la proposición: *una manzana no es fuego*, cuando, por trato familiar, ya tenga impresas en la mente las ideas de esas dos cosas distintas, y haya aprendido que los nombres *manzana* y *fuego* las significan, quizá pasarán algunos años antes de que ese mismo niño le conceda su asentimiento a la proposición: *es imposible que una misma cosa sea y no sea*, porque, aun suponiendo que las palabras sean igualmente fáciles de aprender, sin embargo, como su significado es más amplio, más comprensivo y más abstracto que el de los nombres dados a aquellas cosas sensibles con las que el niño tiene un trato familiar, tendrá que transcurrir más tiempo antes de que pueda aprender el sentido preciso de esos términos abstractos; y necesitará efectivamente más tiempo para poder forjar en su mente las ideas generales significadas por dichas palabras. Hasta que no acontezca esto, en vano se intentará que el niño conceda su asentimiento a una proposición que contenga unos términos tan generales. Sin embargo, no bien haya adquirido esas ideas y aprendido sus nombres, el niño captará con igual facilidad

las dos proposiciones que hemos mencionado, y las captará a ambas por la misma razón, a saber: porque advierte que las ideas que tiene en su mente están o no de acuerdo entre sí, según que las palabras que se han empleado para expresarlas se afirmen o se nieguen, unas de las otras, en la proposición. Pero si al niño se le presentan proposiciones formuladas en unas palabras que signifiquen ideas que aún no tiene en su mente, a semejantes proposiciones, por más evidentemente verdaderas o falsas que sean en sí, el niño no podrá ni asentir, ni disentir, sino que permanecerá en su ignorancia. Porque, puesto que más allá de ser signos de nuestras ideas, las palabras sólo son unos sonidos, no podemos menos de asentir en ellas conforme a las ideas que tengamos, pero no más allá. Empero, como el asunto de la disertación que sigue es mostrar los pasos y los caminos cómo y por dónde el conocimiento llega a nuestra mente, y cuáles son los diversos grados de nuestro asenso, baste haberlo tocado aquí como una de las razones que me hicieron dudar de la existencia de los principios innatos.

§ 24. *No son innatos, puesto que no son universalmente asentidos.* Para concluir este argumento del consentimiento universal, convengo, con los defensores de los principios innatos, en que, si son innatos, es necesario que gocen de un asentimiento universal; porque, que una verdad sea innata y sin embargo no sea asentida es para mí tan ininteligible como que un hombre conozca una verdad y al mismo tiempo la ignore. Pero, en tal caso, por confesión propia de aquellos defensores, esos principios no pueden ser innatos, puesto que no reciben el asentimiento de quienes no entienden los términos, ni tampoco por parte de muchos que los entienden, pero que jamás han escuchado ni pensado en esas proposiciones, y que, me parece, constituyen por lo menos la mitad de la humanidad. Pero, suponiendo que ese número de personas sea mucho menor, bastará para destruir el argumento del asentimiento universal, y de ese modo mostrar que esas proposiciones no son innatas, sólo con que admitamos que los niños son los que ignoran aquellas proposiciones.

§ 25. *Esas máximas no son las primeras que se conocen.* Pero, para que no se me acuse de argumentar apoyado en los pensamientos de los niños, que no conocemos, y de sacar conclusiones de lo que acontece en sus entendimientos, antes de que ellos mismos lo digan, añadiré que aquellas dos proposiciones gene-

rales,* no son las verdades que primero se apoderan de las mentes infantiles, ni tampoco son anteriores a todas las nociones adquiridas o adventicias, como tendría que pasar si fueran innatas. Poco importa que podamos o no podamos determinar el momento preciso, lo cierto es que llega un tiempo en que los niños comienzan a pensar, y tanto sus palabras como sus actos nos lo testifican. Siendo ya, pues, capaces de pensar, de conocer y de asentir, ¿puede, acaso, suponerse racionalmente que ignoren esas nociones impresas por la naturaleza, si es que las hay? ¿Puede, acaso, imaginarse, con alguna apariencia de verdad, que perciban las impresiones de las cosas externas, pero al mismo tiempo que ignoren esos caracteres que la naturaleza misma se ha cuidado de imprimir en su interior? ¿Pueden, acaso, recibir nociones adventicias y asentir a ellas, pero a la vez ignorar esas nociones que se supone están tramadas en el tejido mismo de su ser, e impresas allí en caracteres indelebles, como fundamento y norma de todos sus conocimientos adquiridos y de todos sus futuros raciocinios? Esto equivaldría a pensar que la naturaleza se ha tomado un trabajo en vano, o, por lo menos, que imprime mal, puesto que sus caracteres no pueden ser leídos por esos ojos que, sin embargo, ven muy bien otras cosas. Y es mucha la falsedad con que se supone que esos principios sean la parte más luminosa de la verdad y el fundamento de todos nuestros conocimientos, puesto que no son esos principios lo primero que conocemos, y puesto que, sin ellos, es posible alcanzar el conocimiento indubitable de otras cosas. El niño sabe con certeza que la nodriza que lo alimenta no es ni el gato con que juega, ni el coco que le causa temor, y es completa la seguridad con que conoce que la pimienta o el picante que rechaza no son la manzana o el azúcar que pide; pero ¿habrá alguien que sostenga que el niño otorga con tanta seguridad su asentimiento a esos y otros conocimientos suyos, en virtud del principio general de que *es imposible que la misma cosa sea y no sea*? ¿Habrá alguno que se atreva a decir que el niño ya posee alguna noción o comprensión de esa máxima, en una edad en que, sin embargo, es claro que ya conoce muchas otras verdades? A quien mantenga que los niños ya se entregan a esas especulaciones en la edad del biberón y de las sonajas, quizá puede considerársele con justicia como más apasionado y celoso de sus propias opiniones, aunque ciertamente menos sincero y veraz, que una criatura de aquella tierna edad.

§ 26. *No son, pues, innatas.* Por lo tanto, si es cierto que hay varias

* El autor se refiere a las proposiciones de que, *es imposible que una misma cosa sea y no sea*, y que *una misma cosa no es diferente* [T.].

proposiciones generales que reciben un inmediato y constante asentimiento, cuando se proponen a un hombre ya maduro que haya alcanzado el uso de ideas más generales y abstractas y el empleo de los nombres que las significan, con todo, como no es ese el caso de personas de tierna edad, las cuales, sin embargo, conocen otras cosas, resulta que aquellas proposiciones no pueden pretender a un asentimiento universal de todas las personas inteligentes, y, por lo tanto, no se las puede considerar en modo alguno como siendo innatas. Porque es imposible que cualquier verdad innata (si la hubiere) pueda ser desconocida, por lo menos a cualquiera que conozca alguna otra cosa, ya que, si son verdades innatas, tendrán que ser pensamientos innatos, porque no hay nada que sea una verdad para la mente que nunca haya sido pensada por ella. De aquí resulta evidente que si hubiera verdades innatas tendrían necesariamente que ser las primeras pensadas; las primeras que aparecerían en la mente.

§ 27. *No son innatas, porque se muestran menos allí donde lo que es innato debería mostrarse con más claridad.* Ya hemos dado suficientes pruebas de que las máximas generales de que venimos hablando no son conocidas de los niños, de los idiotas y de una gran parte de la humanidad; de donde es evidente que no gozan de universal asenso, y que no son impresiones generales. Pero aún queda este otro argumento contra que sean innatas: que si tales caracteres fueran impresiones nativas y originarias aparecerían más limpios y más claros en aquellas personas en quienes, sin embargo, no encontramos ninguna huella de ellos. Y ésta es, a mi parecer, una presunción fuerte contra que sean innatos, ya que resultan menos conocidos en quienes, si se tratara de impresiones innatas, debieran necesariamente ejercerse con mayor fuerza y vigor. Como los niños, los idiotas, los salvajes y la gente analfabeta son, entre todos, los menos corrompidos por los hábitos o por las opiniones prestadas, ya que el estudio y la educación no han forjado aún en nuevos moldes sus pensamientos nativos, ni por introducción de extranjerías y prejuiciadas doctrinas han sido enturbiados aquellos bellos caracteres que la naturaleza ha escrito allí, sería razonable imaginar que, en sus mentes, esas nociones innatas estarían expuestas a la vista de todos, como ciertamente acontece con los pensamientos de los niños. Muy bien podría esperarse que esos principios fuesen perfectamente conocidos por los hombres en estado de naturaleza, ya que, como se supone, son principios impresos de un modo inmediato en el alma, y en nada dependen de la constitución, ni de los órganos del cuerpo, que es la única diferen-

cia que se admite entre aquéllos y los demás. Creería uno, según lo que afirman los que sostienen esos principios, que todas esas fulguraciones nativas (si las hubiere) brillarían en todo su esplendor en quienes no tienen reservas y desconocen las artes del engaño, para dejarnos sin duda de que allí están, como nos dejan acerca del amor que sienten por el placer y la detestación que le tienen al dolor. Pero, desgraciadamente ¿cuáles son las máximas generales que se encuentran en los niños, los idiotas, los salvajes y los crasamente ignorantes? Bien pocas y bien estrechas son las nociones que poseen, sacadas todas de aquellos objetos con que tienen más íntimo trato y que han hecho las más frecuentes y fuertes impresiones en sus sentidos. Un niño conoce a su niñera y a su cuna, y poco a poco conoce los juguetes que corresponden a una edad más avanzada; y el joven salvaje tiene la cabeza llena, quizá, de amor y cacerías, según los hábitos de su tribu. Pero quien espere encontrar en un niño aún no educado, o en un salvaje habitante de los bosques esas máximas abstractas y esos reputados principios de las ciencias, mucho me temo que se verá desengañado. Es raro que semejante tipo de proposiciones se escuchen en las chozas de los indios; menos han de encontrarse en los pensamientos de los niños, y no se advierte impresión alguna de ellas en las mentes de los hombres en estado de naturaleza. Son el idioma y negocio de las escuelas y de las academias de las naciones cultas habituadas a semejante clase de discursos o estudios, donde las disputas son frecuentes, porque se trata de máximas aptas para la polémica y útiles en el arte de convencer; aunque, a decir verdad, son poco conducentes al descubrimiento de la verdad o al avance del conocimiento. Pero ya tendré ocasión de hablar más por extenso de la poca utilidad que ofrecen a este respecto. (Lib. 4, cap. VII.)

§ 28. *Recapitulación.* No sé qué tan absurdo parecerá esto a los dómines de las demostraciones, y probablemente nadie lo acepte a primera vista. Debo, por lo tanto, pedirle tregua al prejuicio y paciencia a la censura, hasta que no se haya oído el fin de esta disertación, manifestando mi buena voluntad de someterme a mejores juicios. Y puesto que busco con imparcialidad la verdad, no me dolerá ser convencido de haber tenido demasiado apego a mis propias nociones, lo que, confieso, a todos nos puede pasar, cuando la aplicación y el estudio nos han calentado con ellas la cabeza.

Considerado todo este asunto, no veo fundamento para poder pensar que esas dos celebradas máximas sean innatas, puesto que no son asentidas universalmente; puesto que el asenso que tan

generalmente se les otorga no es sino el mismo que reciben otras proposiciones que no son consideradas innatas, y porque dicho asenso se produce de otro modo y no por causa de una inscripción natural, como no dudo mostraré claramente en lo que sigue a continuación. Y si descubrimos que esos primeros principios del conocimiento y de la ciencia no son innatos, supongo que ya no habrá ninguna otra máxima especulativa que pueda aducirse con mejor derecho a semejante pretensión.

CAPÍTULO III

NO HAY PRINCIPIOS PRÁCTICOS INNATOS

§ 1. *No hay principios morales que sean tan claros y tan generalmente acogidos, como las arriba mencionadas máximas especulativas.* Si las máximas especulativas de que tratamos en el capítulo anterior no gozan de hecho del asentimiento universal por parte de la humanidad, según hemos probado, es mucho más visible que los principios prácticos se quedan cortos de ser universalmente acogidos, y me parece que será difícil presentar una regla moral que pretenda tener un asentimiento tan inmediato y general como la proposición *lo que es, es, o que sea una verdad tan manifiesta como aquello de que es imposible que la misma cosa sea y no sea.* De aquí resulta evidente que los principios prácticos están más alejados del derecho a ser innatos, y que es más poderosa la duda acerca de que sean impresiones nativas en la mente. Pero no es que se ponga en duda su verdad; son igualmente verdaderos, aunque no igualmente evidentes. Las máximas especulativas llevan consigo su evidencia; los principios morales, en cambio, requieren raciocinio y discurso y algún ejercicio de la mente para que se descubra la certidumbre de su verdad. No se muestran como caracteres grabados en la mente, los cuales, si los hubiera, serían de suyo visibles y conocidos con certeza por todos, gracias a su propia luz. Pero esto no constituye una derogación de su verdad ni de su certidumbre, del mismo modo que no lo es de la verdad y de la certidumbre de que los tres ángulos de un triángulo sean igual a dos rectos, sólo porque no es algo tan evidente como que *el todo es mayor que la parte*, ni algo tan apto a ser asentido a primera audición. Basta que esas reglas morales sean susceptibles de ser demostradas; y, por lo tanto, debemos culparnos a nosotros mismos, si no alcanzamos un conocimiento cierto de ellas. Pero la

ignorancia en que muchos hombres están a ese respecto, y la morosidad en el asentir con que otros las acogen, son pruebas manifiestas de que no son innatas, ni son tales que se ofrezcan sin búsqueda a la vista de los hombres.

§ 2. *No todos los hombres reconocen que la fidelidad y la justicia son principios.* Para saber si existen unos principios morales en que todos los hombres concuerden, me atengo a la sentencia de cualquiera medianamente versado en la historia de la humanidad, y que se haya asomado más allá del humo que desprende su propia chimenea. ¿Dónde está esa verdad práctica que sea universalmente recibida sin dudas ni reparos, como debería serlo si fuese innata? La justicia y el cumplimiento de los contratos es algo en que la mayoría de los hombres parecen estar de acuerdo. Es éste un principio que se supone tiene aplicación hasta en las cuevas de los bandidos y en las confederaciones de los mayores malvados, y hasta los que han llegado al extremo de repudiar los sentimientos mismos de humanidad, guardan entre sí la palabra y observan reglas de justicia. Admito que los forajidos se comportan así en sus tratos; pero no por haber recibido esos principios como leyes innatas de la naturaleza: los observan como reglas de propia conveniencia en el seno de sus comunidades; porque es imposible concebir que admite la justicia como principio práctico quien obra rectamente con su compañero de fechorías y, al mismo tiempo, despoja o mata al primer hombre honrado que encuentra. La justicia y la fidelidad son los vínculos comunes de la sociedad, y por esa razón hasta los forajidos y los ladrones, que han roto con todo el resto del mundo, tienen que guardar la palabra y observar entre sí reglas de equidad, pues de lo contrario no podrían mantenerse unidos. Pero ¿habrá alguien que ose decir que quienes viven del fraude y la rapiña tienen principios innatos de fidelidad y de justicia que aceptan y consienten?

§ 3. *Se contesta a la objeción, que aunque los hombres los niegan en la práctica, no obstante los admiten en el pensamiento.* Quizá se alegue que el tácito asentimiento de sus mentes vaya de acuerdo con lo que sus actos contradicen. A esto contesto, primero, que siempre he pensado que las acciones de los hombres son los mejores intérpretes de sus pensamientos. Pero puesto que es seguro que los actos de la mayoría de los hombres y las actividades manifiestas de algunos han puesto en duda o negado esos principios, es imposible pretender establecer un consenso universal (aunque sólo lo buscáramos entre hombres ya maduros) sin el cual no se